

Mónica Maier

todos
mis
«te quiero»
son
para ti



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Primera edición, noviembre 2018

© 2018 Mónica Maier
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Mercedes Tabuyo

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Vega, doce años](#)

[Vega, dieciséis años](#)

[Vega, veinte años](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

Epílogo

Agradecimientos

Para los valientes que se arriesgan.

*«Lo más difícil
es conseguir
que se vaya del todo
todo aquello
que ya se fue».*

Marwan

Vega, doce años

—Me hago pis.

Vega ignoró a su hermana, que no paraba de moverse en el asiento de al lado, y mantuvo la vista fija al frente. El cine al aire libre constituía su entretenimiento favorito en las noches de verano. La familia al completo se desplazaba hasta la plaza del pequeño pueblo, que era su destino estival acostumbrado, donde desplegaban una enorme pantalla, y allí, sentados en las incómodas sillas de plástico, comían perritos calientes mientras veían la película que proyectaran. La de esa semana estaba disfrutándola de lo lindo y no pensaba permitir que Clara le estropease la diversión.

—Tengo que ir a hacer pis —insistió la niña y le tiró de la falda del vestido de rayas azules y blancas que su madre les había puesto a juego.

Vega odiaba que las vistiesen iguales. Le hacía parecer una niña pequeña y ella ya no lo era; ese otoño había cumplido doce años. Todo lo contrario que Clara, que solo tenía nueve, y, por eso mismo, todavía no había aprendido a quedarse quieta; podía escuchar la gravilla que no paraba de crujir bajo las patas de la silla sobre la que su hermana se balanceaba.

—Para. Vas a estropearme el final —la reprendió en un murmullo. El protagonista estaba a punto de declararse.

—Pero tienes que acompañarme —protestó la pequeña.

Vega observó la pantalla un instante y luego el gesto obstinado en el rostro de la niña. Suspiró, dando por perdidos los últimos minutos de película. Era su hermana pequeña, debía cuidarla y protegerla; formaba parte de la responsabilidad de una buena hermana mayor. Esbozó una sonrisa y la agarró de la mano, pero antes de que pudieran levantarse la voz de su padre las detuvo.

—Vamos, cariño, deja que tu hermana vea el final.

Vega le dedicó una sonrisa agradecida a su salvador mientras dejaba ir a la pequeña. Se acomodó en su asiento y, feliz, se sumergió de nuevo en las imágenes que desfilaron frente a sus ojos.

La noche era cálida, decenas de estrellas brillaban sobre sus cabezas y Vega no conseguía borrar la sonrisa de los labios. Todavía bullía en su interior la emoción que había conseguido traspasar la pantalla y pegarse a su piel hasta sentirla como propia. Se preguntó si sería así el amor. No es que no supiera nada del tema; en su casa lo veía todos los días: en las miradas de sus padres, en la forma en la que se sonreían y, sobre todo, cuando bailaban a solas en la cocina mientras creían que nadie los observaba. Giraban y reían al ritmo de la música con los ojos y las manos enlazados. Y siempre, sin excepción, cuando los últimos acordes de la canción tocaban a su fin, su padre inclinaba a su madre tanto que su larga melena acariciaba el suelo y luego la alzaba para recibirla con un beso en los labios. Ella le permitía hacer, confiada, con la certeza de que no la dejaría caer. Sin duda, en eso consistía el amor, en tener a alguien que te hiciese sonreír, que llenase de música tu vida, que te sostuviese y nunca te dejase caer.

Abandonaron la plaza. Sus padres caminaban abrazados unos pasos por detrás y Clara, a su lado, cantaba y hacía piruetas. La observó: tan pequeña, tan rubia, tan diferente a ella y a la vez tan parte de su ser. Sintió que el corazón se le hinchaba en el pecho.

—Quiero un helado.

Antes de que pudiera contestar, la niña ya tiraba de su mano y la arrastraba calle abajo. Vega solo tuvo tiempo para girar el rostro y ver el gesto afirmativo y la sonrisa de sus padres. Se unió al trote alocado de su hermana y las risas las envolvieron. La cuesta se volvió más pronunciada y sus delicadas bailarinas volaron sobre el asfalto. Se encontraban a pocos metros de la heladería cuando una figu-

ra apareció tras la esquina. Vega contuvo la respiración y tiró de Clara para detener su avance y sacarla de la trayectoria del otro peatón. No hubo tiempo para más, su frágil cuerpo impactó contra uno más grande y fuerte. Vio el mundo girar y el suelo acercarse. Se preparó para el inminente choque, pero este no llegó. Parpadeó confundida y alzó la vista. Unos preciosos ojos, que en ese momento creyó dorados, la observaban con un brillo de preocupación.

—¿Te has hecho daño?

Percibió la solidez de aquellos brazos extraños y el calor que transmitían. Fue como si un batallón de pequeñas hormigas recorriera a paso ligero su piel.

—Me has cogido.

El desconocido sonrió.

—Claro, no podía dejarte caer. —La sujetó con suavidad mientras recuperaba el equilibrio.

Vega desvió la mirada. Notaba la piel de las mejillas caliente y los latidos del corazón en los oídos.

—Entonces, ¿te encuentras bien? —El chico se inclinó para buscar sus ojos. Era un par de palmos más alto que ella y algún año mayor. Vega asintió—. Me alegro. Podías haberte dado un buen golpe...

—Vega. Me llamo Vega —musitó, extrañamente cohibida.

—Yo soy Darío. —Sus ojos se movieron por el rostro de la chica—. Lo dicho, me alegra que sigas entera, pero ahora tengo que irme. —Dio un paso atrás y se detuvo de nuevo—. Y, Vega —dijo con una sonrisa—, hasta que nos volvamos a encontrar, trata de no atropellar a los pobres transeúntes. —Le guiñó un ojo y sin añadir nada más continuó su camino.

Vega lo observó alejarse con una emoción desconocida bailándole en el pecho.

En el camino de vuelta a casa, se mantuvo más callada de lo habitual. Nada más llegar, dio las buenas noches y subió a su habitación; necesitaba estar sola para tratar de comprender el porqué de sus reacciones. Antes de abandonarse al sueño, dos hechos se grabaron en su mente: no

la había dejado caer y todavía podía sentir aquel extraño cosquilleo en la piel.

Vega, dieciséis años

Los rayos del sol de mediodía calentaban las pieles de los cinco adolescentes, doradas debido a las numerosas horas al aire libre, que formaban un círculo sentados sobre la hierba. Reinaba un silencio absoluto dentro del círculo y todas las miradas permanecían fijas en la vieja botella de refresco, que giraba sobre su eje en un baile desigual, mientras la velocidad disminuía con una lentitud exasperante, hasta que se detuvo por completo. Vega alzó los ojos casi con miedo y la sonrisa en el rostro de Darío dio respuesta a la pregunta que no había formulado.

—Tienes que besarlo.

Hizo caso omiso a la voz a su lado que le recordaba lo obvio. Como si hubiera podido olvidarlo. Llevaba meses deseándolo, imaginando cómo sería, qué sentiría cuando ocurriese; sin embargo, ahora que había llegado el momento, su corazón latía con tal desenfreno que no se decidía a moverse por si caía redonda al suelo. Se notaba temblorosa e inestable, las palmas de las manos le sudaban y la piel de su rostro ardía en un incendio descontrolado.

—Es una cobarde. No se atreverá.

Esa voz. Álvaro. «Siempre, Álvaro», pensó. Entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada. No entendía que alguien como Darío, tan cariñoso y amable, tuviera por mejor amigo a su total antítesis. Como si le leyese el pensamiento, el chico la sonrió burlón. Vega apretó los puños. Habría deseado hacerlo desaparecer con un chasquido de los dedos; sin embargo, Álvaro suponía un mal que se veía obligada a tolerar. El contacto de una mano cálida sobre la suya le hizo girar el rostro. Encontró a Darío arrodillado frente a ella con una sonrisa dulce en los labios y una mirada tierna que la estudiaba con atención. Cualquier pensamiento que ocupase su cabeza desapareció.

—No le hagas caso, solo bromea.

Vega no contestó, no porque respaldase su afirmación, sino porque la cercanía de Darío y el roce de su piel contra la de ella impedían que su cerebro funcionase con normalidad. «Uno, dos, tres... », repitió los números en su cabeza mientras trataba de recuperar la calma. El chico se acercó un poco más y le retiró un mechón moreno de la cara. A Vega no le pasaban inadvertidos ese tipo de detalles y gestos habituales en él, y generaban decenas de dudas a las que, cómplice, daba alas en la quietud de su habitación por la noche.

—No tienes por qué hacerlo, solo es un juego —susurró para que nadie más que ella lo escuchase.

Vega lo observó. Poco quedaba del niño alto y desgarbado con el que tropezó aquella noche al salir del cine y que, con el paso de los veranos, se había convertido en parte indispensable de su vida. Sus rasgos se habían afilado y perdido la redondez propia de la infancia; sin embargo, sus iris mantenían el mismo color miel y el brillo pícaro, y su sonrisa continuaba siendo sincera, fácil, la misma que ella dibujaba de memoria en su cabeza cada vez que cerraba los ojos. El miedo desapareció desbancado por otra emoción más poderosa e inquietante que bullía en la boca de su estómago.

—Quiero hacerlo. Quiero que me beses —aseguró con una valentía nueva, nacida del deseo de saber cuál sería el sabor de sus labios y si encajarían con los de ella, igual que sentía que encajaban sus almas.

Una sonrisa lenta se extendió en el rostro de Darío, que alzó las manos y, con una delicadeza infinita, le acarició la piel sonrosada de las mejillas antes de acunarlas entre sus palmas. El corazón de Vega reemprendió su alocada carrera y ella pensó que todos a su alrededor escucharían sus furiosos latidos. No le importaba, ni eso ni la sensación de náusea que crecía en su estómago. El resto del mundo había pasado a un segundo plano; solo existían ellos dos.

Y entonces ocurrió. Los labios de Darío se posaron con suavidad sobre los suyos, todavía inexpertos, y el mundo se desvaneció eclipsado por la fuerza de sus emociones.

El beso fue perfecto o, al menos, ella lo sintió así, e incluso antes de abrir los ojos y ver el rostro sonriente y ruborizado de Darío supo que lo recordaría para siempre.

Ese día descubrió algo más mientras miraba las estrellas en compañía de su hermana, tendidas sobre aquella misma hierba testigo de su primer beso.

—¿Cómo es, Vega?

—¿Cómo es qué?

Solo se escuchaban el rumor del agua de la laguna y el canto rítmico de los grillos.

—Enamorarse.

Se giró y la hierba le hizo cosquillas en la piel desnuda de los brazos. Observó a Clara con la larga melena extendida a su alrededor, como una aureola dorada, y la vista perdida en la inmensidad del firmamento.

—¿Por qué crees que yo lo sé, enana?

La niña se encogió de hombros.

—Si nadie me lo explica, ¿cómo podré saber cuándo es amor?

Vega se tumbó de nuevo.

—Supongo que cuando lo que más deseas es que esa persona permanezca a tu lado para siempre.

Nada más decirlo supo que su «para siempre» tenía nombre propio. Deseaba con todas sus fuerzas que las mariposas que revoloteaban en su estómago no se desvaneciesen jamás. Deseaba que Darío fuera «para siempre».

Vega, veinte años

El vestido de ligero algodón blanco flotaba a su alrededor mientras Vega giraba al ritmo de la canción que sonaba en el viejo tocadiscos que su padre había arreglado para ella. Daba una vuelta tras otra, sin dejar de mirar su reflejo en el espejo de cuerpo entero enmarcado en madera de caoba que ocupaba una esquina de su habitación. Se la veía tan radiante como una estrella recién caída del cielo: el pelo negro largo y suelto, secado al aire, contrastaba con el azul transparente de sus ojos, brillantes a causa de la emoción anticipada que le hormigueaba en el estómago. Había tenido que esperar gran parte del verano repartiendo su esperanza entre mañanas de diversión y juegos en la laguna, y noches bajo un cielo cuajado de estrellas como solo recordaba haberlo visto en ese recóndito paraje escenario de todas sus vacaciones estivales desde que tenía memoria. Cuarenta y ocho días exactos. Pero la espera, por fin, iba a acabar. Durante toda la semana había percibido sutiles cambios en Darío. Además, la cifra tenía que constituir una señal; no en vano, el ocho era su número de la buena suerte.

El sonido del timbre interrumpió sus pensamientos y se detuvo expectante. Distinguió el tono dulce, todavía algo añorado, de su hermana y el chasquido de la puerta principal al cerrarse. Sus latidos se aceleraron al ritmo que marcaban las pisadas que resonaban en la escalera; sus ojos, ansiosos, se clavaron en el recodo de pasillo que alcanzaba a ver a través del vano de la puerta, y sus dedos, inquietos, se aferraron a la tela del vestido. Hasta que lo vio.

—¿Qué haces tú aquí?

Los ojos del chico brillaron y media sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Te he dicho alguna vez que tu dulzura fue lo que